

Reseña del libro: Ignacio González-Varas (2023), *El culto a la memoria. Ética y estética*

Andrés Martínez-Medina

Universidad de Alicante, España

andresm.medina@ua.es

<https://orcid.org/0000-0002-5309-9310>

Citación: Martínez-Medina, A. (2004). Reseña del libro: Ignacio González-Varas (2023), *El culto a la memoria. Ética y estética*.

[i2] Investigación e Innovación en Arquitectura y Territorio, 12(2), 151-154. <https://doi.org/10.14198/i2.27822>

Fecha de recepción: 21/06/2024

Fecha de aceptación: 12/07/2024

Financiación: este trabajo no ha recibido financiación.

Conflicto de intereses: el autor declara que no hay conflicto de intereses.



Licencia: este trabajo se comparte bajo la licencia de Atribución-NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional de Creative Commons (CC BY-NC-SA 4.0): <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/>

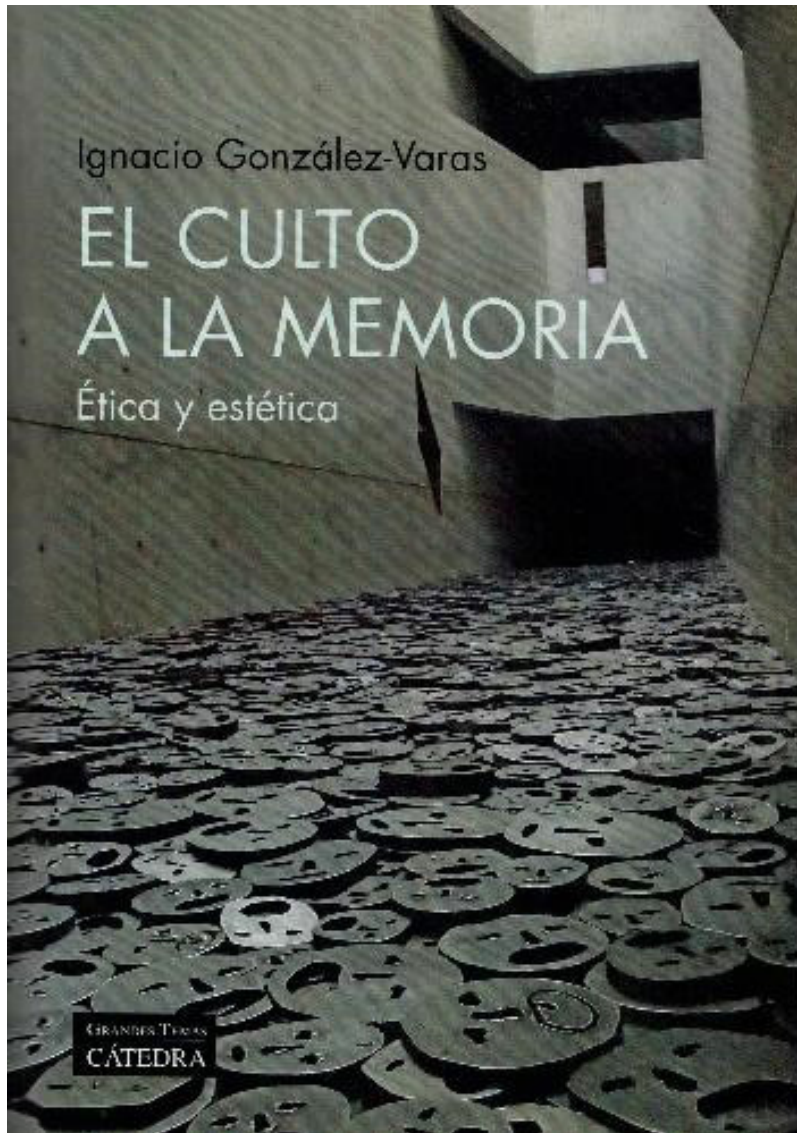
© 2024 Andrés Martínez-Medina

Ficha bibliográfica

Autor: Ignacio González-Varas
Título del libro: El culto a la memoria. Ética y estética
Editorial: Cátedra
Año: 2023
Ciudad: Madrid
Número de páginas: 334
ISBN: 978-84-376-4669-5

Palabras clave: monumentos; memoria; memoriales, culto.

El culto a la memoria. Ética y estética es un libro necesario que nos sitúa en medio de un



El culto a la memoria. Ética y estética es un libro necesario que nos sitúa en medio de un candente debate: el de las complejas relaciones entre historia y memoria, y el del rol que han jugado en ambas los monumentos intencionados, por referir a Riegl. La diferencia que media entre los hechos pasados y los que recordamos ha sido tratada por diversos intelectuales a lo largo del pasado siglo. Sin embargo, desde finales de este, la cuestión se ha vuelto viral, quizás por lo mediático de la ingente cantidad de ‘memoriales’ que se inauguran en homenaje a víctimas inocentes, pretéritas o recientes, inundando páginas de revistas y webs profesionales, pero también los *mass media* y las redes sociales, y que reescriben algunas páginas de la historia. Todo monumento de este tipo ensalza, pero también puede ofender. Su misión es fijar una memoria colectiva, aunque, a veces, sea mejor olvidar individualmente.

El libro —amable, ameno, fluido y erudito— efectúa un recorrido histórico por los tres tipos de memoria según su orden cronológico: las tradicionales, las modernas y las posmodernas. De las tradicionales, el relato épico es el propio de la vanidad de la memoria que desfila por los manuales de la historia del arte: héroes y próceres, en pedestales, o tumbas y pinturas, dejan constancia de quienes han ostentado el poder: el destino de los pueblos en manos de unos pocos, elegidos por los dioses o sancionados por las religiones. Esta primera parte, sintética, pronto nos sitúa a mitad del siglo XIX —el de “la historia, la nación y los monumentos”—, en el que se comienza a consolidar el proyecto de la modernidad, a partir del cual acontecería una profunda transformación que cambió la memoria retratada a través de individuos en un tránsito hacia otra “más colectiva, laica y nacional”. Se abrían paso las memorias modernas en las que, como antaño, las guerras tuvieron un rol protagonista, ahora con unas magnitudes que lo alteraron todo, incluso el modo de registrar la memoria de vencedores y vencidos, todos perdedores. Los cientos de miles de soldados caídos en cualquiera de los frentes de las dos guerras mundiales eclipsaron al mejor de los mandatarios de cualquier bando. Europa se convirtió, tras los conflictos, en el mayor territorio colonizado por cementerios donde reunir a estos héroes caídos, que dieron su vida por unos ideales acatando órdenes: una exaltación de los valores bélicos que, en los regímenes fascistas, dieron lugar a monumentos con una estética de grandes gestos algo caducos frente al arte de sus tiempos.

Del primer monumento al soldado desconocido a los cementerios de los aliados transcurrió la centuria que cambió nuestros sistemas de gobierno, desde las oligarquías burguesas, pasando por dictaduras de todo signo hasta alcanzar los regímenes democráticos. Los monumentos bajaron del pedestal para posarse a ras de tierra, y de estos héroes, y de las propias guerras, se valieron todos los poderes para esculpir nuevas memorias que involucraron a más personas, quizás porque la historia no la escriben unos pocos, sino las multitudes. Unas memorias —monumentos— que no solo lo fueron a quienes combatieron en primera línea, sino que se extendieron a las víctimas colaterales de estos conflictos mundiales: las exterminadas en los campos de concentración y los civiles abatidos por los bombardeos engrosaron las cifras de pérdidas humanas sin sentido. Y un modo de homenajearlos fue situar algunos de estos nuevos monumentos en los propios lugares de las masacres: los campos de batalla se convirtieron en cementerios y los campos de concentración en museos. No deja de ser significativo que, si el primer monumento humano fue una tumba, sea ahora una agrupación de tumbas, o su alegoría, la que cincele de nuevo los hechos a perpetuar: una memoria para los vivos que se levanta sobre sus propios muertos. Memorias de la modernidad que encerraban discursos oficiales únicos e inquebrantables.

Sin embargo, son las víctimas inocentes de los conflictos armados las que han ido escalando posiciones en un supuesto *ranking* de reparación donde la guerra ha sido desplaza-

da por otros tipos de violencia: terrorista, de las fuerzas del orden, de género... Los protagonistas de la historia (¿o deberíamos decir 'historias'?) son otros "los excluidos, los marginados o los olvidados", y la fotografía documental parece haberse erigido como otro altavoz o registro de las memorias de los oprimidos o masacrados. Pero también la propia formalización física ha cambiado y el contra-monumento y el monumento antiheroico se abren paso como expresión de memorias menos unitarias, sino más híbridas y multifacéticas. Monumentos que dejan de ser hieráticos contemplados en la distancia o en la proximidad, sino que definen lugares que se recorren y se viven con experiencias sensoriales múltiples, lo que hace que muchas veces estos lugares sean espacios públicos o incorporen centros de interpretación o museos del horror (que suman entre sus objetos aquellos cotidianos de las propias víctimas, acercándonos al dolor infringido), incluso centros abiertos al encuentro y confrontación entre los herederos de los enfrentamientos. Son las memorias de la posmodernidad, no cerradas y flexibles en sus interpretaciones, donde los monumentos, no solo son un tributo y reconocimiento a los muertos, sino que tratan, en algunos casos, de cerrar heridas del pasado, aunque ello requiera tiempo. Y son estos monumentos (en Washington, Berlín, Nueva York, París, Madrid, Bogotá...) los que asaltan las superficies satinadas de revistas y pantallas y nos exigen posicionarnos frente a los hechos que se exaltan o se traen a la actualidad. Monumentos que, en gran medida, han abandonado las formas figurativas para adoptar otras geometrías simbólicas no siempre fáciles de interpretar.

El libro, que procura elegir un limitado caso de ejemplos entre el inmenso mosaico de los monumentos conmemorativos para construir su discurso, se cierra con un epílogo que evidencia la complejidad del culto a la memoria en la actualidad. Un subcontinente —América del Sur—, una ciudad —Berlín— y un monumento —el Valle de Cuelgamuros— rinden cuentas de que los discursos hace tiempo que dejaron de ser de una sola dirección, que las sociedades son más complejas y mestizas, que la verdad no anida en ninguna ideología, que la resignificación requiere tiempo, que las memorias se borran con el tiempo y se reescriben llegado el caso. Pero, y quizás esta sí sea una verdad, se constata que la humanidad, desde sus albores, necesita ejercer un culto a la memoria para que esta atraviese el tiempo.